

**Otra lengua para escribir el deseo: sexualidad, género e identidad en *La lengua del malón* de Guillermo Saccomanno**

Clara Gabriela Julieta Del Valle

Instituto Superior del Profesorado "Dr. Joaquín V. González"

**Eje temático:** EJE 3: Cultura y política. Producciones y prácticas culturales y artísticas transformadoras.

Palabras clave: Deseo – Identidad – Escritura

## Introducción

**"Lo que se le niega al propio cuerpo, pensó, se convierte en castigo de otros cuerpos."**

**Guillermo Saccomanno (2003)**

*La lengua del malón*, primera novela de una trilogía escrita durante la primera década de este siglo, pone en primer plano el cuestionamiento sobre la sexualidad, el deseo, el cuerpo, el género y el rol social de la mujer en la sociedad argentina de mediados del siglo XX convulsionada por la crisis política y social. El objetivo de este trabajo es trazar algunos puntos de contacto entre la intolerancia y la violencia de esa sociedad y la actual ante los derechos de las mujeres y de las diferentes disidencias sexuales, a la luz de los últimos avances en materia de visibilidad identitaria y políticas de género. Ante las problemáticas que rodean a estos sujetos podemos ver cómo -tanto ayer como hoy- el poder hegemónico de la masculinidad y de las clases dominantes se yergue como el encargado de normalizar los deseos y los cuerpos atravesando, en consecuencia, diferentes espacios sociales y políticos, privados y públicos, y construyendo, a su paso, identidades. El resultado de esta contienda es siempre la misma: la violencia sobre las minorías que cuestionan ese poder por parte de quienes lo encarnan. El interrogante que planteamos es si la pugna por el poder que habilite la conquista de esos derechos debe darse respetando las mismas reglas del juego con las que los dueños del poder oprimen - reproduciendo las mismas antinomias que antaño sirvieron para organizar Occidente (léase, la Ley de matrimonio igualitario)- o si el espacio de lucha y reivindicación debe ir más allá de esas conquistas parciales y avanzar hacia la extinción de un sistema capitalista y patriarcal, deshaciéndonos, en el mismo proceso, de sus ropajes (mecanismos de la cultura como leyes, costumbres, deseos, etc.).

A esas denominada "minorías" que cuestionan pero también padecen, pertenece el narrador de *La lengua del malón* encarnado en una voz abyecta, Gómez. Hijo de una madre soltera, cabecita negra, profesor de literatura y homosexual vive cada pasión como una tragedia silenciosa y actúa, a su vez, como testigo y confesor del amor de su amiga Lía -periodista, poeta, judía, de izquierda y lesbiana- por Delia - escritora, madre y esposa de un capitán

golpista de la marina. Esta historia de amor prohibido sólo terminará con la muerte, también trágica, de sus protagonistas bajo las bombas asesinas de junio del '55. Ese bombardeo digitado y apoyado por uniformes y sotanas, por los agentes del "orden", que buscaban poner fin a la barbarie de la chusma peronista (otrora sin representación en la escena política) y de su líder. Un bombardeo, que como presagio de una dictadura "libertadora" vino a poner fin a una historia de amor que atentaba contra las libertades cristianas, blancas y occidentales. Delia debe cargar con el mandato de "actuar" los roles de mujer –madre / mujer- esposa, dentro de una sociedad patriarcal y violenta. Mientras que el amor de Lía aparece para sacudir la matriz heterosexual en la que Delia se encuentra inserta, y crear grietas por donde se filtrará el deseo, que Delia sólo podrá canalizar mediante su escritura. Una escritura desaforada, fragmentada, doblemente subversiva: oculta y prohibida para su entorno y también para los gustos culturales de clase predominantes en la época, personificados en la figura de Victoria Ocampo y su revista Sur.

## **Desarrollo**

**“Soy quien monta y es montada, piensa D.**

**Soy este viento que no tiene ni religión ni nombre.**

**Me llamo cuerpo.**

**Mi fe es el deseo.”**

**Guillermo Saccomanno (2003)**

La novela que Delia escribe impulsada por la pasión es la que le da el título a la novela de Saccomanno, *La lengua del malón*, y que tiene como protagonista a una mujer, D, esposa de un capitán del ejército en la época de las avanzadas conquistadoras y salvajes de los blancos, los fortines y los malones. D, madre del Varoncito, será tomada como cautiva por Pichimán, un joven capitanejo indio con el que vivirá una pasión sin precedentes en su vida como mujer de un militar blanco. D, por primera vez, es dueña de su deseo y goza su sexualidad con Pichimán. La mujer-cautiva-deseada (cautiva del indio y cautiva de una sociedad) deviene en mujer-captora-deseosa. “Soy la cautiva de mis ganas. Dame tu lengua, Pichimán” (Sacomanno, 2003, p.128) dice D en pleno éxtasis sexual. En el “cautiverio”, descubre otro deseo que le será vedado en la “patria libre” que su esposo intentaba construir:

“Si en la civilización era una víctima complaciente, paridora sumisa, su condición de cautiva no la inquieta. Ya no tiene nada que perder: la virtud, el buen nombre, una posición. Ahora se tiene sólo a sí misma. Y lo poca cosa que se siente, librada al capricho de la suerte y del indio, la transforma en una fuerza desafiante. Si D, esposa de militar conquistador de desierto, es una vagina civilizada, ahora cambiará de condición.” (Sacomanno, 2003, p.119)

Delia inaugura aquí lo que Gómez llamará una épica del garche: D atravesará y será atravesada por las peripecias que la convertirán en la heroína de su propio deseo.

Delia necesita narrar su identidad, una identidad en constante devenir, por eso su escritura se convierte en denuncia, un arma blanca contra la salvaje sexualidad civilizada:

“Porque Delia, al investigar la atracción de los salvaje, lo que plantea es la represión de la sexualidad civilizada, una barbarie encubierta. (...) Lo tuyo no se arregla ni con electroshocks, ni con pastillas para dormir, le dijo Lía. No sos vos la enferma, son los otros.” (Saccomanno, 2003, p.105).

Al narrar, Delia intenta responder quién es, tanto para ella como para los otros, si entendemos que la identidad es una construcción que está atravesada por la contingencia, la temporalidad, la otredad y la diferencia (Arfuch, 2002). Será arrastrada por la escritura como lo será también por la pasión de Lía.

Pero esta inversión de los deseos se verá también en el personaje de Pichimán cuando accede al goce anal con ayuda de D. De nuevo la “transgresión” se da en el ámbito de lo “salvaje” por fuera de las normas occidentales, cristianas y patriarcales: “Al asumirse cautiva, D se libera. Al suplicar ese goce, Pichimán se libera a su vez de su imperativo violador. El indio ya no es la lanza y el cuchillo. Ahora él también es un cuerpo que se asume clavado.” (Saccomanno, 2003, p. 207) Entonces, si la transgresión y el cambio tienen mella más allá de los límites de lo “civilizado” –y tomamos la acepción de “civilización” íntimamente ligada a la cultura y el capitalismo-, podríamos preguntarnos ¿cómo conquistar espacios de visibilidad y respeto sin imitar la ideología opresora al mantener sus mismos mecanismos de producción económica y reproducción cultural?

**“El sometimiento moral debe pasar por el cuerpo mismo, por sus pulsiones.”**

**Anne Querrien**

En su ensayo *El malestar en la cultura*, Sigmund Freud describe el sentimiento de culpabilidad que los mecanismos de opresión y control de la cultura de una sociedad generan en sus individuos. El autor quiere

“destacar el sentimiento de culpabilidad como problema más importante de la evolución cultural, señalando que el precio pagado por el progreso de la cultura reside en la pérdida de felicidad por aumento del sentimiento de culpabilidad.” (Freud, 1930, p. 62)

Esta culpabilidad resulta de un mecanismo que opera en el individuo cuando éste, por respetar ciertos mandatos culturales, debe renunciar a “satisfacciones instintuales” vedadas por dichos mandatos, lo que le provoca a su vez una agresividad que debe contener y que se convierte en culpabilidad al temer la posible sanción externa. Gran parte de estas privaciones está relacionada con la sexualidad y el control que sobre ella opera todo el aparato cultural encarnado en el matrimonio, la familia y el Estado. Freud dice:

“Ya sabemos que la cultura obedece al imperio de la necesidad psíquica económica, pues se ve obligada a sustraer a la sexualidad gran parte de la

energía psíquica que necesita para su propio consumo. Al hacerlo adopta frente a la sexualidad una conducta idéntica a la de un pueblo o una clase social que haya logrado someter a otra a su explotación. El temor a la rebelión de los oprimidos induce a adoptar medidas de precaución más rigurosas.”(Freud, 1930, p. 35)

Vemos así el gran papel que cumple el control y la represión de la sexualidad en la reproducción social. En la novela que estamos analizando, el personaje de Delia, portadora de una “belleza criolla” según el juicio de Lía, esposa de un militar de alto mando de la marina, madre y protagonista de un amor prohibido, es víctima de este mecanismo tanto en su condición de esposa -amante sumisa y necesariamente fiel- como al tener que reprimir necesariamente su deseo de un amor y una sexualidad homosexuales. El sentimiento de culpabilidad que crece en Delia conforme se intensifica la pasión entre las dos amantes intentará buscar desesperadamente un canal de descompresión que alivie, así sea momentáneamente, ese sentimiento. Y ese canal Delia lo encontrará en la escritura. Tomará de esa cultura que a la vez la apremia con mandatos de género y de clase, una herramienta producida en su propio seno: la literatura, que le servirá a ella y a los personajes que la rodean como espacio de catarsis de una realidad cada vez más opresiva, pero también como un espacio de creación y de posibilidad. En la escritura Delia exorciza esos deseos reprimidos creando a un personaje que deviene en protagonista de su propio deseo, y a la vez hace crítica –mediante la alegoría- de la realidad social en la que vive y de la escena cultural de la época que se habría escandalizado con la publicación de la novela según el juicio del narrador y amigo de la escritora, Gómez. Es así como asistimos, tanto en el nivel de su realidad como en el de la ficción creada por ella, al nacimiento de una nueva Delia y de una nueva D: “A quiénes estoy matando, le preguntó Delia a Lía. Lía le contestó: Por qué no te preguntás a quién estás pariendo.”(Saccomanno, 2003, p. 96) Delia se explica la transformación de D primero con la locura “D, podría pensarse, ha enloquecido. Después de todo, la locura es el fin de toda culpa. A D le cuesta pensarse, en el rapto, abandonando dichosa esos cuerpos, a los que tan poco antes dedicaba sus cuidados.” (Saccomanno, 2003, p.118), y luego con el abandono de los símbolos de opresión de la cultura que abandona:

“Ese aliento animal contra ella, piensa D, la hace poca cosa. Y al sentirse poca cosa ya no le importa. Ahora ella también es animal. Sin rosario ni Biblia. Están vadeando una aguada cuando D se arranca el crucifijo y lo tira a un costado.” (Saccomanno, 2003, p.119)

### **“El desierto, incommensurable, abierto”**

**Esteban Echeverría**

Beatriz Sarlo, en “El origen de la cultura argentina: Europa y el desierto”, reflexiona sobre la visión del desierto que tenían las elites “organizadoras de la nación”. La autora explica en el ensayo:

“La palabra desierto, más allá de una denominación geográfica o sociopolítica, tiene una particular consecuencia: implica un despojamiento de cultura respecto del espacio y los hombres a los que se refiere. Donde hay desierto, no hay cultura:

el Otro que lo habita es visto precisamente como Otro absoluto, hundido en una diferencia intransitable.” (Sarlo, 2007, p.25)

Más allá de que podamos objetar que en las poblaciones que habitaban -en boca de Echeverría- ese “desierto inconmensurable” que era la Patagonia también existía cultura, es interesante quedarnos con la imagen que los avanzados de la civilización occidental tenían de ese espacio y su gente. Esa visión vendrá a justificar las atrocidades que tendrán como principal manifestación el genocidio de la emblemática “Conquista del desierto” de 1879 como también los sucesivos atropellos e invisibilidades que se siguen perpetrando hasta nuestros días sobre los pueblos que habitaban antaño estos territorios.

Si tenemos en cuenta esta lectura del desierto y del otro para el análisis de nuestra novela, podemos explicarnos la elección del espacio que Delia hace para ubicar la transformación que se produce en D. El desierto, “vacío” de sentido cultural es campo fértil – paradójicamente- para toda posibilidad sexual sin restricciones. El deseo, los impulsos, ya no están enmarcados en una red de mandatos y restricciones. Y si esta red existe ya que existe en toda cultura, la naturaleza de esos hilos permite correrlos, ajustarlos de otra manera a la medida del deseo de D. Entonces, si en la novela homónima que Delia escribe, el desierto se presenta para D. como un espacio epifánico carente de las leyes civilizatorias del hombre blanco occidental y abierto a las posibilidades de la contingencia y del deseo; para Delia, la misma función emancipadora cumplirá la literatura. En este sentido la escritura de Delia cumplirá un doble papel: por un lado, le servirá como la puesta en abismo de su propia experiencia amorosa y por el otro, cuestionará la tradición literaria fundacional desde sus orígenes:

“Los textos consagrados de nuestra historia, la política y la literaria, como si una y otra no fueran la misma, son textos machos. Textos milicos, digamos. Se me dirá: la nación se estaba forjando. Hacía falta cabalgar sable en mano y a degüello. Los grandes textos poronga. Lo que escribe Delia se opone a la tradición fundadora.” (Saccomanno, 2003, p. 103)

El desierto para Delia es, entonces, la posibilidad que se encuentra detrás de toda frontera. Y el lector debe entender que al cruzar esa frontera todo en uno puede transformarse, así como también desarrollar nuevos mecanismos de resistencia ante futuras restricciones.

Ahora, ¿cómo interpretar el final repentino, inconcluso y trágico de la novela de Delia e incluso el final de la historia de amor de Lía y Delia? ¿Cómo leer el gesto casi épico que protagoniza su heroína?

Hacia el final de la narración del profesor Gómez, estando Delia nuevamente embarazada del capitán de marina, nos enteramos de que sus dos amigas deciden por fin huir secretamente juntas del país para vivir en libertad ese “amor que no se podía nombrar”. El día acordado para el encuentro sería el 16 de junio; el lugar, un hotel a pazos de Plaza de Mayo. Sin adelantarnos al desenlace de esta historia, el narrador nos informa que esta partida apresurada deja trunca la novela de Delia, sin embargo, los días previos a la huida enloquecen su escritura. La carpeta celeste en la que el profesor guarda los manuscritos de *La lengua del malón* contiene fragmentos de lo que sería el final de la novela en forma desordenada, escritos desesperadamente y de apurón en cualquier papel que Delia tuviera a su alcance, lo que

dificulta discernir el orden que la autora quería darle a esos fragmentos, no obstante, como el propio profesor confiesa, puede conjeturarse su desenlace. Es interesante la reflexión que Gómez hace al respecto:

“En una ficción todo desenlace es siempre moral. Al avanzar hacia el desenlace, precipitada, urgente, Delia parece darse cuenta de que la sanción moral que merecerá su huida es un castigo que se proyectará en su heroína. No menos interesante es otro aspecto: la inconclusión del texto y su dimensión profética. Porque, con su interrupción abrupta, se vuelve más sugerente lo que no llegó a ser dicho.” (Saccomanno, 2003, p. 213)

Y esa interrupción abrupta se dará en el orden de la escritura como en el de la realidad de los personajes. Lía y Delia mueren en Plaza de Mayo ese jueves 16 de junio junto con otras 400 personas bajo las bombas asesinas lanzadas impunemente por, entre otros, el propio Capitán de marina y esposo de Delia. Se cumple así la profetizada “sanción moral” de la que hablaba anteriormente el profesor. La muerte de las dos amantes representa la justicia moral de una cultura a la que habían desafiado intentando zafarse de ese “malestar” del que habla Freud en su ensayo. No parece muy distinto el final reconstruido por Gómez de la novela homónima que Delia apenas alcanzó a bosquejar. En apariencia similar, no así la interpretación que podemos darle. Sin alertas, la toldería en donde se encontraba D junto a Pichimán es atacada por el ejército. La matanza es feroz. El capitanejo indio es encontrado y a pesar de su valentía, los esfuerzos son inútiles ante las armas de fuego del ejército civilizador. D intenta proteger el cuerpo de su amante pero los militares la retienen. Entonces le disparan por última vez y el cuerpo de Pichimán es despedido hacia atrás.

“El estampido marca un silencio. Dura segundo esta quietud, hasta que se oye un grito animal. D se sacude, muerde, debatiéndose entre los hincas que la retienen. Con espuma en los dientes, desgredada, sucia, maloliente, arranca una oreja, la escupe, clava las uñas en unos ojos y termina por zafarse y manotear el facón de Pichimán. Los milicos, impresionados, se abren a su alrededor. Nunca vieron nada igual. Ni blanca ni india, D pertenece a otra especie. No es humana esa mujer. Amartillando, encañonándola, los milicos se disponen a gatillar, pero D no les da tiempo. Ante sus miradas perplejas, D se corta la lengua con el facón. La sangre, como un vómito oscuro, mana a borbotones. El teniente, asqueado, grita la orden de fuego. Los milicos, atónitos, tardan en cumplir la orden. Dos veces tiene que gritar fuego el oficial.” (Saccomanno, 2003, p.216)

La muerte de los dos amantes de la novela de Delia parece presagiar lo que luego pasaría con ella y con Lía. Sin embargo, este desenlace perteneciente al mundo de la ficción y que tiene como escenario el desierto plantea nuevamente un espacio de posibilidad de acción diferente que nos permite leer otro mensaje. El castigo moral se cumple, pero el gesto de D al cortarse la lengua le indica a sus asesinos que ya no tenían jurisprudencia sobre su cuerpo, ella decide su muerte así como decidió vivir su deseo; la lengua representa su iniciación al goce desconocido que experimentó con Pichimán y por qué no, que experimentó Delia con Lía.

## Conclusión

**“No se puede desmontar la casa del amo con sus herramientas.”**

**Audre Lorde**

Freud (1930), en el ensayo anteriormente citado, habla de que la humanidad tiende a generar mecanismos de resistencia a los problemas de la cultura en la que vive para así lograr alcanzar la felicidad o al menos perseguir cierto placer y alejarse del malestar. El problema es que esas “soluciones” no serían necesarias de no haberse creado, en la conformación de la propia cultura, las causas mismas de esos problemas. Esta crítica a la cultura tiene como correlato cierta postura que intenta abolir todo tipo de cultura. Freud retoma y rebate este posicionamiento:

“Según ella, nuestra llamada cultura llevaría gran parte de la culpa por la miseria que sufrimos, y podríamos ser mucho más felices si la abandonásemos para retornar a condiciones de vida más primitivas. Califico de sorprendente esta aseveración, porque -cualquiera sea el sentido que se dé al concepto de cultura- es innegable que todos los recursos con los cuales intentamos defendernos contra los sufrimientos amenazantes proceden precisamente de esa cultura.” (Freud, 1939, p.38)

Cabe en este punto retomar la pregunta que nos hicimos en la introducción del presente trabajo: ¿Cómo y con qué herramientas luchar contra los mecanismos opresivos de la cultura cuando los cimientos sobre los que esa cultura se erige siguen intactos?

En la novela analizada, la heroína de la novela de Delia y alter ego de ésta se interna en un viaje que la transformará radicalmente y en esa transformación en “otra cosa” que ya no es nada de lo dado hasta el momento yace lo subversivo: “Ni blanca ni india, D pertenece a otra especie. No es humana esa mujer.” (Saccomanno, 2003, p.216) Despojada de la matriz normativa que impregna a los sujetos de ciertos rasgos que lo definen a priori, D es la posibilidad. Y la naturaleza de su muerte lo reafirma. Entonces, si el ser humano crea cultura a su paso –lo que descarta la posibilidad de vivir por fuera de ella- el desafío es la crítica y autocrítica constante de esa cultura y del sistema que la sustenta y la lucha consecuente por su transformación. Asimismo, los problemas de género y de clase, entre otros, no escapan a la mira de esta crítica. Se podría arriesgar a simple vista que una de las herramientas predilectas que se han usado en los últimos tiempos para impulsar esa transformación dentro del propio sistema fue la conquista de leyes. Cabe preguntarnos entonces hasta qué punto éstas responden a ese impulso transformador y revolucionario o funcionan como reproductoras o atenuantes de un sistema capitalista y patriarcal que imparte injusticia por la conformación misma de su propia naturaleza.

La elección de la cita que encabeza este apartado final lejos de cristalizar una línea de análisis, busca abrir el debate acerca de cómo leer la aplicación de diferentes leyes vinculadas con derechos sexuales y de género que fueron dictadas en los últimos años. Aún sabiendo que estas leyes buscan representar, al menos en parte, las reivindicaciones por las que diferentes actores sociales luchan justamente hace tiempo, entendemos que estos debates

deben seguir abiertos en pos de no perder de vista que las leyes como La ley de trata de personas (Ley 26.842), La ley de matrimonio igualitario (Ley 26.618) y la de Identidad de género (Ley 26.743) entre otras, deben significar un piso en el camino por un cambio mucho más profundo que toque las bases reales del sistema que generan desigualdad (de clase, de género, sexual, etc.). Consideramos de fundamental importancia conocer, cuestionar y debatir estas herramientas legales y exigir su implementación real, sin perder de vista la lucha consecuente para desarticular la sociedad patriarcal y capitalista en cuyo seno surgieron dichas desigualdades y opresiones.

Para concluir, leeremos unas palabras de la activista trans Marlene Wayar a propósito de la Ley de Identidad en el diario *Página 12* que nos invitan a reflexionar en este sentido:

“Esta es una ley para quienes quieran sostener la normalidad hombre-mujer y a quienes tenemos un techo más alto nos deja en donde estábamos, o mejor dicho nos extorsiona a normalizarnos en estas únicas categorías. (...) ¿Cuál es el problema con legitimar las categorías H y M? Que una identidad queda finalmente cancelada, no existe lo travesti o trans. ¿Qué nos solicita esta ley? Que dejemos de ser eso que somos y que debería ser reconocido como nuestra identidad. Si lo pasamos a otras identidades colectivas sería como si a las personas afrodescendientes se les pidiera que maquillen su negritud para evitar el racismo o si personas judías tuvieran que parecer cristianas y vivir de modo oculto su religión para no ser víctimas del antisemitismo.” (Wayar, 2012)

Es de vital importancia generar la conciencia de que la ley es un instrumento limitado que puede servir temporalmente como defensa de una conquista, pero no como triunfo en sí, ya que de lo contrario sólo se estaría reafirmando una herramienta propia del sistema capitalista, patriarcal, heteronormativo y monogámico que siempre esconde en sí, por su naturaleza cimentada en la explotación y la desigualdad, el germen de la injusticia

## Fuentes citadas

- ARFUCH, Leonor (Comp.) (2005) [2002], *Identidades, sujetos y subjetividades*. Buenos Aires, Prometeo.
- FREUD, Sigmund (1930), *El malestar en la cultura*. Internationaler Psychoanalytischer Verlag, Google Books, PDF.
- SARLO, Beatriz (2007), “En el origen de la cultura argentina: Europa y el desierto” en *Escritos sobre literatura argentina*. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.
- SACCOMANNO, Guillermo (2003), *La lengua del malón*. Buenos Aires, Planeta.
- WAYAR, Marlene (2012), “¿Qué pasó con la T?”, *Página 12*. 11 de mayo: Soy: 218: 8. Disponible en: <http://www.pagina12.com.ar/diario/suplementos/soy/1-2436-2012-05-12.html> (Consulta: mayo de 2013)